

LIBRO

PAMELA CONSTABLE Y ARTURO VALENZUELA *CHILE UNDER PINOCHET: A NATION OF ENEMIES**

Joaquín Fernandois**

¿DECADENCIA O RECUPERACIÓN?
EL CHILE DE PINOCHET

¿Otro libro más acerca de un tema tan fácil y frente al cual en los círculos académicos norteamericanos ha habido tanto conformismo en las categorías intelectuales para analizarlo? El título podría corresponder a un libro publicado en 1975, algo así como *El libro negro de la junta militar chilena* u otra decena de anuncios similares. Precisamente cuando el tema comenzaba a desvanecerse del interés público y académico (incluso, hasta cierto punto, en Chile) aparece esta obra conjunta de dos autores que intentan ofrecer una explicación al desarrollo e interrelación del sistema político con la sociedad chilena en el largo período del gobierno militar.

En primer lugar hay que destacar que los autores no son novicios en el tema chileno. Especialmente Valenzuela, profesor de la Universidad de Georgetown, ha estado relacionado con Chile desde hace muchos años. Su libro *Chile: The Breakdown of Democratic Regimes*, de 1978, traducido al

*Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *Chile under Pinochet: A Nation of Enemies* (Nueva York, Londres: W. W. Norton & Co., 1991), 367 páginas.

**Licenciado en Historia, Universidad Católica de Valparaíso. Doctor en Historia, Universidad de Sevilla. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autor de *Chile y el mundo 1970-1973: La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema Internacional* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985).

español hace poco, representa un clásico en la materia, en donde sobresale por la inteligencia y seriedad con las que analiza los diversos componentes del derrumbe de la democracia en Chile durante los años de la Unidad Popular. Posteriormente fue el primero en plantear que la vuelta a la democracia sólo podría consolidarse con el simultáneo regreso a un régimen parlamentario de gobierno, lo que hasta hace poco provocó un alud de seminarios, libros y debates y hasta una revisión del período parlamentario de nuestra historia, sobre el cual había existido unanimidad condenatoria. Pamela Constable es la corresponsal latinoamericana del *Boston Globe*.

El trabajo conjunto de ambos se nota en la metodología. El libro es una suerte de historia contemporánea que utiliza ágilmente tanto el análisis claro de un politólogo con larga experiencia en el tema como la inserción del testimonio directo de decenas de entrevistas con la más amplia diversidad de testigos. Cifras, conceptos y análisis propios a las obras de Valenzuela, en ocasiones demasiado cerebrales, alternan con la voz de una multitud de chilenos que expresan sus experiencias personales -a veces íntimas, como un *racconto* de un sector celosamente custodiado de la conciencia- ante el desarrollo del régimen militar o del momento en que sus vidas fundamentalmente privadas se toparon con el espacio público. De esta manera la vivacidad de un relato de voces que se van expresando emergen de un trabajo destinado, esencialmente, más que a una diatriba o a una apología del régimen, a tratar de comprender, según los autores, "cómo un gobierno militar dominó y conformó por casi 17 años a una sociedad sólo para ser rechazado por su propio pueblo" (p. 12). Para ello, con estilo ágil y desenvuelto, Pamela Constable y Arturo Valenzuela no sólo narran el desarrollo del Gobierno y de la oposición, sino también la cadena de acciones, reacciones, incentivos y constreñimientos de los actores que se desenvuelven tanto a nivel de Estado como de sociedad, aunque los actores privilegiados con los que tratan constituyen naturalmente la clase política.

El libro no es obviamente un estudio de una mentalidad, sino un análisis esencialmente político, pero que pone en lugar destacado -hasta donde es posible de acuerdo a las fuentes- la posición mental, quizás habría que decir el *elan* vital, con que los actores involucrados actúan, presencian o padecen la historia de esos años. La obra resulta ser una suerte de historia contemporánea de un estilo y metodología muy en boga en el mundo anglosajón, especialmente en EE. UU., pero más extraño en nuestro medio. Somos más pudorosos ante nuestra historia inmediata, creo que no como resultado de estos veinte años de terremotos políticos (aunque algo tienen que ver), sino como un rasgo notable de autocensura que informa la historia

de la conciencia pública de nuestro siglo. Aquí, al parecer, habría un tema digno de haber sido explorado por los autores, para los cuales sólo está implícito.

Un hecho destacado del libro es la enorme cantidad de entrevistas personales que lograron efectuar, como dije, a una amplia variedad de testigos. No solamente a furibundos opositores, deseosos de presentar su denuncia y redimir su actuación, sino a numerosos políticos ligados al gobierno militar, a periodistas más o menos cercanos en lo esencial a los puntos de vista del edificio Diego Portales, a jueces críticos o conformistas con la situación, y también a oficiales de las Fuerzas Armadas. Entre ellos a un puñado que estuvo contra el gobierno militar, pero más a militares que apoyaron fieramente -y lo siguen haciendo- la emergencia y desempeño del régimen semipersonalista que surgió de la crisis de comienzos de la década de 1970. Sólo a extranjeros (pues Valenzuela es norteamericano, aunque con algunas raíces en Chile) los chilenos se podrían abrir a confidencias sobre estos acontecimientos. Aquí no existe precisamente un "miedo" político ni el problema de a qué lado de la barricada se encontraba; es un fenómeno latinoamericano que entraba la labor del dentista social de estas latitudes. Esta es otra de las peculiaridades de nuestra sicología, pero que no puede ser objeto de análisis en una obra como ésta.

La articulación del libro está de acuerdo con la metodología fundamentalmente impresionista, de combinación análisis-diálogo, con que se desarrolla la escritura de la obra y en lo cual probablemente se revela la mano de Pamela Constable. "La guerra", "Los soldados", "Los ricos", "Los pobres", "Los tecnócratas"... son los títulos de los capítulos. Lo que a primera vista podría convertirlo en un relato provisto de clichés (estando algunos de ellos presentes), se presenta luego al lector como el desarrollo de un juicioso y hasta cierto punto equilibrado (en algunos aspectos debatibles) intento de comprensión de la transformación de la democracia chilena en una larga dominación militar, que transformó algunos rasgos destacados del chileno medio y, por sobre todo, demostró lo frágil que pueden ser los fundamentos sobre los que se organiza la vida que comúnmente llamamos "civilizada".

Constable y Valenzuela indudablemente están perturbados por el gobierno militar y el sorprendente costo humano para un país que aparecía sobresaliente por sus cualidades de civilización política. Desde luego dejan en claro que el deterioro y quiebre del sistema democrático sucedieron antes del 11 de septiembre de 1973: "A lo largo de la nación emocionalmente exhausta, muchos chilenos reaccionaron con alivio ante el golpe" (p. 29).

Los autores no pretenden que la toma del poder por parte de las Fuerzas Armadas surgió de la nada. Precisamente destacan la anomalía entre el desarrollo institucional *relativamente* (debieron haber destacado esta palabra) estable en los siglos XIX y XX frente al fenómeno de Pinochet. La polarización ideológica de los años 1960 es nombrada y se expresa claramente la responsabilidad del período de la Unidad Popular. Pero para el juicio del autor de esta reseña no se destacó lo suficiente la relación de continuidad entre la crisis de comienzos de la década de 1970 y el largo gobierno de Pinochet. El trauma de ese origen se hace presente en muchos testimonios reproducidos por los autores, pero en ellos, sobre todo en los juicios que los acompañan, existe un aire, un "mensaje", de un miedo presuntamente artificial que cogió a sectores de la estructura social de Chile.

Los capítulos iniciales, "La guerra", "Los soldados", "El dictador", "El ejército de las sombras" son quizás los mejores, pero también los que mayor polémica podrían levantar en Chile. Los hechos, en la inmensa mayoría de los casos, son indisputables. El contexto a veces está más abierto a interpretaciones. Los autores muestran con elocuencia el despliegue de fuerza ejercido por los militares para controlar el país en los días siguientes al 11 de septiembre, incluyendo arbitrariedades no sólo crueles sino absurdas desde el punto de vista de las necesidades militares reales. Pero tampoco toman suficientemente en cuenta que hubo un proceso de armamentismo de milicias civiles en el Chile de la Unidad Popular, de poder de fuego ridículamente pequeño al lado del que disponían las Fuerzas Armadas, pero *decisivo*, por ejemplo, para poder dominar el debate político. De hecho, la oposición en 1972-1973 sólo pudo articularse recurriendo a un fuerte grado de paramilitarización, que ayudó a reforzar la idea de que no había salida institucional. El monopolio de las armas que en el Estado moderno ejercen las fuerzas armadas fue puesto en tela de juicio, en mayor grado si se quería con esa paramilitarización de la política imponer un estado de espíritu que aceptara la "reversibilidad" del socialismo (que, por lo demás, no podía ni pretendía ser otro que el "real", con sus paradigmas en Cuba y la URSS). Todo ejército regular, comprometido a lo más a un cambio incremental de un sistema, tenía que reaccionar con vigor, sobre todo si la estrategia "antigolpista" se basaba en la división de los institutos armados. Y ante el espectáculo, v. gr., del centro de Santiago erizado de grupos armados al margen de toda legalidad, amparados o al menos tolerados por el gobierno de Allende, ¿qué hubiera podido hacer cada uno de los aparatos políticos de los partidos de la oposición a la Unidad Popular para poder enfrentarlos? ¿O los tribunales cuyas órdenes no se cumplían?

En esos días afiebrados de 1973 -si somos sinceros con nosotros mismos- pocos hubieran fruncido las cejas si hubieran sabido que dos mil muertos (incluyendo más de un centenar de miembros de las Fuerzas Armadas en 1973 y decenas más de ellos en los años 1980) eran el "precio" de la recuperación de la democracia, aunque ello ocurriría muchos años después mostrando la ambigüedad de las bases morales de la cultura cívica.

Los autores, por su parte, son claros y convincentes en el exceso del uso de la fuerza. El miedo y las necesidades políticas de consolidar al Gobierno (probablemente el liderazgo de Pinochet, que los primeros meses no estaba tan claro) fueron factores que contribuyeron a este despliegue de violencia, que tiene -aparte de una multitud de casos documentados en todo tipo de informes; los autores no alcanzaron a hacer uso del Informe Rettig, pero las cifras globalmente coinciden- un momento simbólico en la hasta hoy polémica "caravana de la muerte" en octubre de 1973, y un intento espeluznante en el "ejército de las sombras", con la DINA, entre 1974 y 1977. Asumen plenamente la hipótesis de Patricia Verdugo de que el verdadero objetivo de la "caravana de la muerte" era contribuir a mantener una atmósfera de guerra interna que legitimara no sólo al gobierno militar, sino la gradual emergencia de Pinochet como el líder indiscutido.

Este último punto está muy bien estudiado en el libro. Junto al estudio de la personalidad de Pinochet y de su trayectoria institucional constituyen, en general, aspectos muy novedosos de la obra, en parte basándose en Genaro Amagada, pero mayormente en sus propias investigaciones. El retrato psicológico de Pinochet, aunque por cierto no pretende ser una biografía definitiva, es relativamente justo, y si destaca junto a sus rasgos intensamente personalistas y egocéntricos por un lado, por otra parte se ve bien el paternalismo que Pinochet sabe insuflar en las relaciones con quienes le son adictos. Aunque a Constable y Valenzuela se les aparece la figura de Pinochet evidentemente como un pecado capital de la historia de Chile, señalan por otro lado su austeridad personal, su eficacia para dirigir el entorno presidencial (y su sistema de *check and balances* para impedir coaliciones en su contra). Antes que un déspota bananero, Pinochet quería asociar su nombre a un giro decidido, "portaliano", en la Historia de Chile. "Para sí mismo, Pinochet era un infatigable servidor público, un soldado que se sacrifica por la patria (...) Tenía poco en común con los tiranos del Tercer Mundo como Anastasio Somoza o Ferdinand Marcos que vivían de los despojos de un Estado (compuesto) de compinches acobardados" (p. 74). Por otro lado, resaltan su gusto por la innovación en los uniformes y condecoraciones, y la exigencia de sobresalir ante sus com-

pañeros en la Junta Militar original. Finalmente, en su identificación total con el gobierno, ligó los destinos del régimen con su propia persona hasta el plebiscito de 1988. En resumidas cuentas, y teniendo presente la revolución económica que lideró, si algún significado tiene el antiguo calificativo de "dictadura de desarrollo", es aquí donde mejor se podría emplear. Se muestra bien el mecanismo de funcionamiento del Gobierno, pero aunque se alude muchas veces a Jaime Guzmán, me parece que no se destaca lo suficiente su rol como el consejero más permanente e influyente del Gobierno (pero no el único; el "sistema" de Pinochet no lo hubiese permitido).

Me permito añadir otro elemento no mencionado por los autores. Por paradójal que aparezca, una respuesta a la solidez del gobierno militar reside en la tradición constitucionalista de las Fuerzas Armadas. El edificio de la Constitución de 1925 naufragó en la crisis de 1972-1973. Los uniformados juraron aceptar y hacer cumplir lo nuevo, y lo hicieron jerárquicamente. Ello favoreció enormemente a Pinochet. Este, con todos sus vaivenes, les dio coherencia y permanencia a los objetivos del Gobierno, y su nombre quedará indisolublemente ligado a las luces y sombras de esos 16 años, para exacerbar el sentimiento ambiguo de entusiastas y detractores.

El capítulo "Los soldados" demuestra la peculiaridad del Ejército chileno y su cadena de mando coherente y vertical como en pocas partes de la región. "Para conocer a Pinochet usted lo tiene que entender en primer lugar como a un soldado", les dice a los autores un antiguo superior del general (p. 47). La tradición del Ejército, pero también su transformación bajo Pinochet son tenidas en cuenta. Con todo, el capítulo tiene un aire de juzgar a la sicología militar, más, quizás, a la profesión militar, como una aberración, casi como una patología. Tal vez nada hay más en los antípodas que la mirada que da un intelectual formado en una tradición académica libre, que la idea y la visión de la profesión militar (a la inversa el caso podría ser lo mismo). El asunto es si esto no representa una distorsión del análisis del conocimiento. En todo caso en la obra que comento esto no resulta constituir un impedimento demasiado serio. Constable y Valenzuela destacan -lo que ya muchos han dicho- la extrema compartimentalización en la que vivía el mundo militar chileno. Ello es parte de un problema mayor, de la relación del mundo militar, sus usos y sus valores, con el desarrollo de la sociedad moderna. Por mucho que el repudio de la violencia organizada -en parte producto de las dos guerras mundiales y de la amenaza nuclear- haya llegado a ser un sentimiento muy propio al siglo que termina, no por ello podemos ver en la profesión militar un accidente en la historia de las civilizaciones. Por cierto los autores no sostienen esta tesis de manera

explícita; ni siquiera podría decir que es un mensaje codificado en su discurso. Pero sí se puede decir que tienden a ver en el sistema de vida militar la razón fundamental de los excesos injustificables de esos años, antes que -lo que a mí me parecería- en la respuesta de la naturaleza humana y de los sistemas sociales ante el trastorno de los valores.

El capítulo "El ejército de las sombras" trata el conocido caso de la DINA. Aquí hay poco nuevo que agregar a la ya abundante literatura sobre el tema. "Los combatientes de esta guerra en la sombra eran simbióticos, imágenes reflejas de los extremos de la sociedad: obsesionados con una causa, preparados para la violencia, juramentados en el secreto, organizados en células y conocidos por nombres en códigos. (Miguel) Enríquez, un médico que juró transformar a la sociedad por medio de la insurrección, encontró su contraparte en Contreras, un soldado determinado a erradicar (por cualquier medio) el azote del comunismo" (p. 92). Los autores, que entregan un relato convincente de este tema, y no ahorran la narración de los horrores que les iban implícitos, no se detienen a preguntarse por qué tenía que surgir la DINA. Después de ser abolida en 1977, y surgiendo la CNI, Chile gozó igualmente de ausencia de terrorismo hasta 1980. Ellos reconocen el cambio cualitativo de la transformación del servicio, aunque insisten en los caracteres represivos de la CNI. Pero el absurdo esencial de la DINA, su *innecesariedad* -sobre todo en sus métodos- desde el punto de vista de las puras necesidades del Poder en los años 1974-1977, es problema que merece ser analizado. En los años 1980, frente a una real y a veces feroz amenaza terrorista, la CNI pudo combatirla con una represión que -algunos casos célebres aparte como el de Tucapel Jiménez quizás- era sensiblemente menor que el que la DINA ejerció en su momento, frente a un sistema conspirativo es cierto, pero que, por las razones que sea, durante 1975-1976 no recurrió al uso de las armas.

Los autores continúan enumerando y explicando en varios capítulos el desarrollo de la sociedad chilena según ciertas categorías, como ya lo dije. Ello le da vivacidad, pero también parcializa a veces excesivamente la comprensión del desenvolvimiento de un proceso. La tragedia de la justicia, que no pudo o no quiso evitar muchos de los excesos, que hubiera por lo demás ahorrado muchos dolores de cabeza al propio gobierno de Pinochet sin amenazar su estabilidad en lo fundamental, es relatada en un capítulo corto pero preciso y claro. La "cultura del miedo", que en parte es una buena descripción, en parte, sin embargo, también fue un problema que afectó esencialmente a una minoría de chilenos (un comentarista del libro ha dicho, no sin acierto, que en vez de titularse *Una nación de enemigos*

debió escoger el título de *Una nación de conformistas*, Michael Massing, *New York Times*, 20 de octubre de 1991). "La sociedad estaba dividida entre ganadores y perdedores, y por años, literalmente, no había comunicación entre ellos. De esta manera era posible creer cualquier cosa sobre cualquier persona de la otra parte" (p. 142). Nuevamente los ejemplos y los hechos que señalan los autores son indiscutibles. Pero en una mirada histórica ellos no sólo no se pueden separar del período de la Unidad Popular, sino que de un Chile político en el cual las afiliaciones y con ello la sociabilidad política adquieren un carácter importante. Que ello fue parte *además* del juego político de Pinochet es el pasaje en el cual los autores arguyen con amplia razón y plástica presentación. De todas maneras queda el hecho que la cultura cívica del país no estaba lo suficientemente arraigada como para que los sectores cercanos a La Moneda hubiesen presionado para una más pronta -o más clara dirección si se quería esperar- democratización o para limitar la represión. Este, por cierto, no es un problema exclusivo de Chile, pero probó que nosotros no eramos inmunes a la condición humana.

La compleja y revolucionaria política económica del gobierno militar, con sus alteraciones bruscas, con sus sacrificios a amplios sectores de la población, sus errores casi fatales, sus desarticulaciones y crisis, pero también con su constancia, con la reforma del Estado que fue pionera en América Latina, con la búsqueda y constitución de un equipo de trabajo coherente que poseía metas claras y una evaluación sobria y realista acerca de las posibilidades del país (aunque no sin soberbia y una fuerte dosis de ideologización totalitaria, el *paneconomicismo*), todo ello está subsumido en un capítulo llamado "Los tecnócratas". Haberes y débitos de sus resultados son presentados con cierta ecuanimidad, aunque en los capítulos "Los ricos" y "Los pobres" existe alguna tendencia hacia la dramatización de las diferencias sociales resultantes. Ciertamente, en las grandes recesiones de 1975 y 1982 los sectores en la base de la pirámide deben haber experimentado una sensación de fin de mundo. Pero todo el debate de la política chilena desde comienzos de siglo giraba en torno a las diferencias sociales que primero el estatismo y después el socialismo serían las panaceas que las superarían. El neoliberalismo tiene también algo de una semántica de las panaceas, y probablemente en su momento creará también algún engaño.

Pero por primera vez en 100 años se quebró la realidad de país fundamentalmente monoexportador, y Chile probó que ante el desafío de la mundialización este rincón del mundo es capaz de adaptarse con cierto éxito. El libro presenta cuidadosamente las alternativas del despliegue de esta política, sus defensores y sus detractores, en la oposición y en el

Gobierno (o al menos dentro de los círculos empresariales). Basado, como siempre, en una vasta bibliografía y en fuentes orales y escritas, existe aquí una buena historia de esta empresa.

Los autores desarrollan el tema de la juventud, y aunque a veces con algunos tintes idealizadores, en general aceptan que los nuevos valores inculcados por el Gobierno militar si bien no jugaron a su favor, llevaron a crear una cultura de masas consumista y mayormente desinteresada de la política. En otros, una minoría, pero de tamaño no desdeñable, creó la idea de una contracultura de la violencia. Un testigo le dice a los autores: "Somos un partido político-militar, y sabemos que podemos ser atacados y muertos en cualquier instante. Estamos preparados para permanecer en silencio, para soportar y para defendernos. Si usted cree en la construcción de una sociedad verdaderamente justa, usted nunca teme a la muerte" (p. 270). Un comentarista extranjero citaba encantado el comentario que aparentemente un chofer de taxi le hizo a uno de los autores: "¿Qué le ha pasado a este país? Yo estaba orgulloso de vivir en una democracia, y ahora siento que mi honor y mi dignidad han sido violados... Las dictaduras hacen dormir a los pueblos, y los jóvenes son los únicos suficientemente valientes para luchar. Hoy día me avergüenzo de ser chileno" (p. 165). No dudo un instante en la veracidad de la declaración, pero tiene el aire del lugar común de los chilenos que tomaron partidos en esos años en que se transformaron en nación de enemigos, y partes de la declaración son igualmente válidas para los días de la Unidad Popular. Y ese idealismo juvenil estaba mezclado -como inevitablemente sucede en estos casos, como también en la oposición en los años 1970-1973- con el estallido de instintos de destrucción como un simple y llano nihilismo. Las protestas de 1973, que comenzaron con pacíficos ruidos de cacerolas, se convirtieron en demostraciones de violencia inusitada que explotaba hacia todas las direcciones. Se habla de un famoso "caso de los quemados", pero también hay incontables quemados por cocteles Molotov como por incendios provocados por bombas colocadas por tanto "joven idealista".

Finalmente, los autores se dedican a trazar la evolución de la clase política, el desarrollo de los partidos durante el gobierno militar, los preparativos para el plebiscito y el "renacimiento de la nación" a partir del 5 de octubre de 1988 hasta el cambio de mando en marzo de 1990. Valenzuela, que prácticamente presenció muchas de estas etapas, destaca desde luego lo más sorprendente, esto es, cómo se recreó una cultura cívica que destaca el consenso por sobre la divergencia. Por cierto, esta es una historia que está por escribirse, y aunque aquí se entrega un itinerario completo, es un

fenómeno que merece una reflexión especial que aquí apenas se puede esbozar. Para los autores, "la sociedad chilena se había desarrollado enormemente desde 1973; era más mundana, más escéptica del Estado, y más agresiva en la prosecución de sus ambiciones. En otros aspectos, sin embargo, la vieja cultura democrática se había reafirmado fuertemente a sí misma. Había un nuevo aprecio por los valores de la moderación y del compromiso que en otro momento habían sido amargamente dejados de lado, y un firme rechazo a las visiones utópicas que habían inspirado y horrorizado a una generación" (p. 319). ¿Cómo se llegó a este resultado paradójal?

El libro entrega elementos de respuesta, pero al poner el acento en la "nación de enemigos", quedan algunos cabos sueltos. Por momentos se trata de una brillante historia del gobierno de Pinochet y de las contradicciones resultantes, resaltando eso sí la idea de un país en grave crisis, en estado fundamental de anomalía. Esto no se puede negar, pero a la vez dentro de esta perspectiva el "*happy end*" resulta igualmente anómalo, aunque retraten con fidelidad las incidencias institucionales que finalmente llevan a la aceptación del plebiscito de 1988 y al cambio de régimen, como a la aceptación por parte de la entonces oposición de la Constitución de 1980 (¿recordamos la elección dentro de la Democracia Cristiana en 1987, cuando Patricio Aylwin se enfrentó a Ricardo Hormazábal con la entonces audaz tesis de inscribir al partido?).

Creo que este problema se debe en parte a la metodología que subyace a este libro notable por tantos aspectos. Aunque en cada uno de los capítulos los autores se hacen cargo del desarrollo diacrónico de los hechos, de los procesos en suma, la imagen total es principalmente sincrónica. Ello tiene sus bondades, y en la organización de un trabajo intelectual siempre hay que escoger, y la elección no está exenta de sacrificios para la inteligibilidad de la obra. El intento de autoexplicación de los testimonios de tantos chilenos, en los que el libro es tan rico, resalta más desde esta perspectiva.

Pero también se pierde de vista el desarrollo total del régimen militar. ¿Por qué evolucionó hacia una democracia? Ni la voluntad de Pinochet, ni la acción de la oposición política, ni la actitud de la Iglesia (cuyo rol no es muy destacado por los autores), ni un grupo militante dentro del sistema, ni el aislamiento internacional (factor no desarrollado por los autores, pero en realidad tangencial para su objetivo), ni las crisis económicas ni, en fin, ninguno de estos factores, aunque muy importantes, lo explican por sí mismos. De hecho existe una gran diferencia entre el Chile de los años 1970 y el de los años 1980. El sistema autoritario tuvo una lenta pero segura

evolución. La Constitución de 1980, ciertamente no del tipo más liberal que pudiera pensarse, estaba fuera de la mira original del entorno de Pinochet. Pero *en parte* la presión internacional, en parte la tradición legalista de muchos de los consejeros de Pinochet (que entre otras cosas lo convencieron de la indispensabilidad del plebiscito de 1988 -esto está bien explicado en el libro de Cavallo y otros, fuente muy recurrida por Constable y Valenzuela-), en parte el hecho de que un sistema autoritario termina por convivir forzosamente con una cultura cívica al menos crítica, la fuerza de la tradición que empujaba hacia algún tipo de compromiso institucional, todo ello fue llevando primero a un compromiso implícito y después más o menos explícito. Un relato diacrónico hubiera destacado este aspecto.

Además, hubiera explicado cómo después de los terremotos políticos de 1982-1985 (las protestas, el terrorismo, el estado de sitio) terminó en una suerte de empate, de equilibrio de fuerzas, que obligó a darle seriedad a la posibilidad de un plebiscito como el celebrado en 1988. También es posible que sea un caso inédito en la historia de los cambios de regímenes cómo Pinochet fue capaz de detener el visible deterioro de su régimen en 1982-1984 e insuflarle nueva vida, pero con el precio de hacer del plebiscito de 1988 uno que fuera seriamente organizado y respetado tras un rechinar de dientes. Un politólogo destacado como Valenzuela nos debe una explicación en este sentido.

También las negociaciones posplebiscito que llevaron a una reforma constitucional clave en 1989, que aquí aparece nombrada como una especie de apéndice, pero que es muy reveladora. En resumidas cuentas Pinochet *tenía*, para ser eficaz, que gobernar con una suerte de "partido", en parte provisto de los tecnócratas a que se refieren los autores, pero que en parte provenía de la antigua clase política, que como es tan común en la condición humana (temo repetir un lugar común) mostró sus fallas y yerros, su sabiduría y experiencia. A pesar de la DINA, en el régimen de Pinochet no cabía lugar para un "fascismo". El régimen, como casi cualquier gobierno, no hubiera podido permanecer en el poder si no hubiese estado constituido por una coalición. Esto impuso ciertos límites a los impulsos iniciales, y desde luego sepultó la declaración de Pinochet de los años 1970 de que "moriré yo y mi sucesor y no habrá elecciones". Pero tampoco se cumplió la profecía de que se repetiría el fantasma del derrumbe del Shah o de Somoza, que la oposición sostenía debía ser forzosamente el corolario de un régimen autoritario.

Parte del equilibrio de fuerzas que posibilitó la paz social que comienza a emerger -no lo olvidemos- en 1987, se debió no sólo al éxito de la reanimación económica, sino más esencialmente a la transformación de

la subcultura política marxista. El exilio -dorado en cuanto el mundo les otorgó legitimidad; trágico por el derrumbe de un mundo y por las tragedias personales- se volcó en una pequeña parte en los desesperados que alimentaron el MLR y el FPMR. Para la mayoría, sin embargo, ello significó efectuar una radical evolución en sus convicciones y aceptar el modelo político y social de las grandes democracias industriales de Occidente. También, más que una evolución autónoma de la izquierda en Chile, se trató de un movimiento universal: el inicio del exilio coincidió con el éxito público de la devastadora crítica al marxismo que efectuaron los "nuevos filósofos" en Francia en los años 1970, el Eurocomunismo y luego los sucesos polacos, seguidos por un largo rosario de acontecimientos más tarde. Chile será una isla en muchos sentidos, pero el sistema internacional también nos afecta decisivamente en muchos aspectos, y los terremotos políticos de estas últimas décadas dan testimonio de ello. ¿Expresa también la fragilidad de las conversiones?

De todos los testimonios que trae el libro de Pamela Constable y Arturo Valenzuela no hay otro más impresionante que uno que expresa desilusión no con el socialismo marxista sino con el modelo sueco: "Teníamos satisfechas nuestras necesidades básicas, pero estábamos separados de nuestras profesiones, de nuestros planes, de nuestros propósitos; llegamos a ser parásitos en un Estado paternalista... ¡Imagínese el cambio de estar en el corazón de la política nacional a trabajar en una fábrica de empaquetadura de carnes donde la gente comentaba las telenovelas! Era como un seno (materno); todo estaba provisto, pero no había espontaneidad. Aprendí que el paraíso nunca es perfecto" (p. 151). Por cierto, este puede ser el futuro de *todos* nosotros en el mundo moderno. Pero pensemos un instante cómo habrá sido la reacción de quienes conocieron el "socialismo real".

Una reflexión final se me viene a la mente con la lectura de este libro complejo y atrayente. Por una parte son evidentes las sombras del resultado de la crisis de la democracia, con la que se jugó tan livianamente en la década de 1960. Pero por otro lado Chile, en un momento crucial de su historia, aunque no pudo salvarse de la alternativa anunciada por Donoso Cortés de la "dictadura de la espada o la dictadura del puñal", encontró, en vez de una *apparatchik* que le diera un "socialismo real" por un par de décadas (que en nuestros días se hubiera inevitablemente derrumbado), una clase política *sui generis*, el *establishment* militar. Este, en coalición con diversos grupos, supo dar un golpe de timón, y *nolens volens*, que en nuevas circunstancias llevó no al "renacimiento de la nación" (título algo exagerado, a mi juicio, del último capítulo), pero sí a la *posibilidad* de que la

exitosa adaptación a la dinámica de la economía mundial -la única que puede como resultado último descomprimir la tensión entre las diferencias sociales- vaya de la mano con una sociedad política civilizada. Por añadidura, este *establishment* fue capaz tan simple como eso, lo que no se pudo decir de otros gobiernos militares de la región contemporáneos de Pinochet.

Indudablemente no era la solución ideal. Conocemos las virtudes y defectos del mundo militar. Pero en Chile, por su historia y por la variedad de personalidades y fuerzas que influyeron desde dentro y desde fuera del sistema de poder, su resultado ha sido la supervivencia positiva del país. Aparte de algunos casos espectaculares -y que por desgracia, como anticipación de nubes futuras, no siempre tienen explicaciones convincentes-, el nivel de corrupción, siempre inevitable en estos casos, fue relativamente pequeño. Tampoco éramos una nación virgen en este sentido. Pero no pudimos superar la crisis de 1973 de otra manera, y teniendo en cuenta lo cambiante de las condiciones históricas, la fragilidad de nuestras convicciones (¿o, salvo algunos casos ejemplares, no ha quedado suficientemente claro?), la tentación de una violencia sin límites que nos acometió a diversos actores en estos años y la enormidad de las tareas que restan por delante, no queda más que pensar en la ambigüedad de las perspectivas.

A comienzos de los años 1980 se dio una polémica acerca de si el Chile del siglo XX era uno de decadencia o de progreso. En esos días se pensaba en nuestra historia como prólogo a la crisis de 1973 y a su resultado. Hoy día, ya entrados en los años 1990, esto nos debería llevar a meditar acerca del terreno resbaladizo en el que siempre se ha movido este país, aislado y sensible a la vez a los estremecimientos mundiales, que ha enfrentado exitosamente desafíos -como la temprana organización de su Estado en el siglo XIX-, pero que ha quedado irremediamente empantanado en otros. En este sentido el "Chile bajo Pinochet", y tomando la totalidad de la crisis del sistema político, es *a la vez* decadencia y recuperación. De las tareas que quedan por acometerse la fundamental es la conciliación de los resultados materiales del mundo moderno, en lo que hasta el momento vamos relativamente bien encaminados, con los de una civilización política y moral que cale hondo en la masa de sus habitantes. Este libro que comento, ejemplar en tantos sentidos, no me alcanza a convencer de que nos dirijimos tan incommoviblemente a este objetivo. □